

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 118.—BARCELONA 21 DE JULIO DE 1916



Oficinas del Estado Mayor de un Cuerpo de ejército austriaco, en el frente italiano

CRONICA INTERNACIONAL

I. Delirios de la prensa.—II. Los aliados y los neutrales.—III. Los submarinos mercantes

I.—Delirios de la prensa

La lectura comparada de la prensa francesa y de la inglesa, en lo que se refiere a las batallas en el Somme, deja estupefacto al lector neutral. Los periódicos ingleses reconocen su relativo fracaso, buscan explicaciones al poco efecto de su ofensiva, ponderan la fuerza y habilidad de las organizaciones alemanas, y confiesan que todavía el ejército inglés no está completamente preparado para el esfuerzo que ha de exigirse de él. Se reconoce el mayor éxito obtenido por los franceses, aunque se le atribuye a que los alemanes ofrecieron menos resistencia a las tropas de Foch que a las de Haig. No han echado las campanas a vuelo los ingleses, y la impresión general es de que tratan de justificar el escaso resultado obtenido.

En cambio, los periódicos franceses desbordan de entusiasmo por la heroica conducta de las tropas inglesas y sus maravillosos avances. Es decir, que el interesado reconoce con modestia la verdad, y el extraño la exagera, la ensalza y la pregon a la pone por las nubes. Entre tantos hechos raros que esta-

mos presenciando desde que estalló la guerra, éste es uno de los que a primera vista más llaman la atención. Sin embargo, la alegría ficticia de la prensa francesa y la tergiversación de la verdad, tienen una explicación muy sencilla.

Cuando el fuerte de Thiaumont cayó en manos de los alemanes y se hizo angustiosa la posición de Verdun, la prensa francesa anunció el comienzo de la ofensiva británica, para llevar un poco de aliento al pueblo; el cañoneo, que todavía no era el preliminar de la batalla en el Somme, fué interpretado como testimonio del ataque, que había ya empezado, según aquellos periódicos; la ofensiva verdad tarló todavía algunos días en iniciarse, pero se entretuvo a la opinión contándole que Thiaumont había sido reconquistado y perdido varias veces, a pesar de que en ningún momento lo recobraron los sitiados. Entre estas peripecias de la lucha en Verdun y la noticia de que por fin los ingleses iban a barrer a los alemanes, se tuvo sosegada y animada a la opinión, hasta que finalmente el ataque fué una realidad.

Avanzaron los franceses en el Somme, y muy poco los ingleses, que además perdieron algunas po-

siciones de las conquistadas en los primeros momentos de la batalla. Comparado el éxito francés con la pequeña ventaja obtenida por los ingleses, estos últimos quedaban muy mal parados; pero si se hubiera declarado esto a la opinión, sus ilusiones hubieran amortiguado o tal vez desvanecido y comenzara de nuevo el disgusto contra la tibieza y poca actividad del aliado insular. Desde luego se comprende cuán poco conveniente fuera este estado de cosas para los intereses de la alianza. De aquí que se haya impuesto la consigna de que se elogie la conducta de los ingleses y se encienda la admiración hacia sus grandiosas hazañas y conquistas. Consiguiese por tal manera que no se pierda la esperanza en el pueblo francés, haciéndole creer en la ayuda eficaz y decisiva de sus aliados, y al mismo tiempo se estimula el celo y se espolea la buena voluntad inglesa.

Es un caso más de la comedia a que se está entregando la prensa francesa desde que comenzó la guerra. Con eso y los ridículos y risibles partes oficiales rusos, que probablemente no provienen del Cuartel General del Czar, sino que son inventados en el O. de Europa, se está dando una impresión de la lucha completamente artificiosa y amañada. La prensa lleva a su más alto límite la campaña literaria, creyendo tal vez que así se allana el camino de la victoria. Acaso ha tirado demasiado de la cuerda y empieza a abusar de la credulidad de su pueblo. Lo cierto es que ha creado un estado artificial de la guerra, y que ojeando ciertos periódicos es imposible conocer la verdad de lo que sucede.

II.—Los aliados y los neutrales

Las reclamaciones de Suiza, sostenidas ante el Gobierno francés por algunos delegados que se trasladaron a París, fueron desechadas por aquel Ministerio. Los alemanes, más prudentes, han conseguido una prórroga a los suizos, antes de llevar a cabo la amenaza de negativa de carbón, a que nos referimos en una *Crónica* anterior. De este detalle tan nimio, que en todo caso demuestra que los alemanes se dan cuenta del valor de la amistad de Suiza, y que los franceses olvidan los servicios que les puede prestar la pequeña República, han deducido los periódicos del país vecino una victoria diplomática sin ejemplo y la demostración del agotamiento de Alemania, que que ya no se atreve con los neutrales, por pequeños que sean. La verdad es que Alemania ha respetado constantemente los derechos de los neutrales, salvo la violación del territorio belga, mientras que los derechos ajenos no han merecido el mismo respeto a otros beligerantes. Además, el caso de Suiza es muy especial.

Sea como fuere, Suiza tiene la prueba indiscutible de que sus intereses han sido reconocidos y apreciados por Alemania y negados por Francia. De Grecia no hay que hablar, porque de hecho está sometida a la voluntad de los aliados, que se han entrometido en las cuestiones de política menuda de aquel desgraciado reino. Rumanía, que tanto coqueteó con los aliados, ha tomado una postura más seria, pese a las victorias de los rusos en Bukovina.

El último golpe de la libertad y el derecho ha consistido en las nuevas reglas que Francia y la

Gran Bretaña han acordado sobre el derecho de registro y detención de los barcos neutrales. Aunque uno de estos buques salga de un puerto neutral con rumbo a otro neutral, podrá ser confiscado su cargamento y apresado el barco si hay simplemente indicios, y cualquiera sabe que estos indicios están en la manera de apreciarlos y juzgarlos, esto es, en el criterio del confiscador, de que lleve contrabando de guerra. Esto convierte a los aliados en los dueños absolutos del mar, y pone a todos los neutrales a merced de las dos naciones poderosas, que se pasaron siglos luchando la una contra la otra y ahora han llegado a un acuerdo funesto para los demás.

De suerte, que la guerra va extendiendo sus efectos a todos los países; no basta ya, como en otras épocas, querer mantenerse alejado de la hoguera para evitar las chispas; ahora el fuego se lleva a todas partes, y habría que consumirse en la propia vivienda y recluirse en el hogar para gozar de una relativa tranquilidad. La culpa es de los neutrales, que siendo tantos, y habiendo podido imponer su voluntad, defensora del derecho general, han obrado aisladamente y han extremado su prudencia hasta la pasividad.

Hay que desear que la guerra termine pronto, porque de lo contrario nadie puede prever hasta qué punto llegarán sus salpicaduras. A copia de sostener los aliados que los imperiales están fuera del derecho común y que ellos—los aliados—pelean por la libertad y el derecho del mundo, parece que se lo han llegado a creer, y consideran lo más lícito del mundo, utilizar a los espectadores en provecho propio. Los neutrales es difícil que puedan rectificar su actitud, de modo que la suprema esperanza está en que el derramamiento de sangre concluya en breve, sin dar tiempo a que sobrevengan nuevas complicaciones. La nación que mejor podía haber acaudillado a los neutrales, los Estados Unidos, ha renunciado voluntariamente a este puesto, deseosa de obtener del conflicto un máximo de ganancias de momento y una situación preponderante el día de mañana. Lo más triste es que los soñadores y utopistas seguirán dominando a la opinión pública, y se predicará el pacifismo como la panacea universal, cuando la única enseñanza verdad es que, para poder ser pacifista es menester comenzar por armarse hasta los dientes.

III.—Los submarinos mercantes

Habían anunciado los alemanes su propósito de construir submarinos mercantes que se dedicasen al tráfico comercial burlándose del bloqueo, pero nadie había tomado en serio el anuncio, porque demasiado tenía que hacer la marina alemana para atender a las necesidades de la guerra y no era posible que dedicase parte de su actividad a la flota comercial. Sin embargo, la idea se ha trocado en realidad. La llegada del submarino *Deutschland*, de 1,000 toneladas, a Baltimore, en los Estados Unidos, con un cargamento de materias colorantes, demuestra que en un plazo relativamente corto Alemania poseerá una flota mercante submarina que podrá burlar el bloqueo y servir las necesidades más perentorias del país. El pequeño tonelaje de tales embarcaciones y las condiciones muy especiales que han de reunir

sus tripulaciones, impedirán que ese sistema de navegación se generalice, pero por el momento y para casos de apuro constituirá un medio irremplazable y de utilidad extraordinaria. Ello es al mismo tiempo una nueva prueba de que mientras los aliados gritan, escriben, peroran y gesticulan, sus adversarios, que guardan silencio, obran.

En otro aspecto, desde el punto en que Alemania dispone de una capacidad constructora que le permite lanzar al agua submarinos mercantes de 1,000 toneladas, no será ya posible dudar que en pocos años construirá una escuadra submarina de guerra realmente formidable, y que el dominio del mar va a ser perdido definitivamente por Inglaterra. Esta tendrá que acudir al mismo procedimiento, pero en esta lucha ya los grandes acorazados y los gastos colosales no darán la supremacía y todas las naciones podrán intervenir en lo que será un reparto más equitativo de la libertad de los mares. El rápido y extraordinario impulso dado por Alemania a la construcción y empleo de los submarinos, representa para la Gran Bretaña un verdadero desastre, un golpe más grave que una derrota de sus ejércitos, porque en ello va envuelto su porvenir y los fundamentos de su poderío mundial. Aunque ahora Inglaterra lograse la victoria, no pasará mucho tiempo sin que se arrepienta de haber provocado un conflicto que ha de minar necesariamente su existencia, porque estamos en los comienzos de los submarinos, que sin duda van a progresar más allá de toda previsión. Véase lo que ha ocurrido con la aviación y los dirigibles, y será fácil darse cuenta de la revolución que se prepara en los medios de navegar.

F. LARÍN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

Detrás del frente.—Cumpliendo mi promesa.—Ojeada sobre «detrás del frente»

XVIII

Terminado el almuerzo, cuando aún quedan algunos tragos de café en mi taza, siento una mano que se posa en mi hombro dulcemente y percibo una voz que me recuerda promesas pasadas. No vuelvo la cara siquiera, pues la mirada no es precisa en el caso para saber con certidumbre de quién se trata. Es, por supuesto, mi colega el doctor y la promesa de que me habla se refiere a la que le hice de darle algunos datos sobre la organización de los servicios de retaguardia. No puedo, ni deseo eludir el compromiso; pero ante todo necesito hacer reparar mi polaina desgarrada por las púas de los alambres de Lysa Gora. De ahí que sólo después de una visita al talabartero esté en condiciones de cumplir lo prometido. Promete, a su vez, el súbdito noruego esperarme a las cinco de la tarde y nos separamos por el pronto.

Como llego con cinco minutos de retardo a la cita, encuentro a mi colega impaciente, el cuaderno de notas sobre la mesa y el lápiz dando vueltas entre las puntas de los dedos, cuando no entre las palmas de las manos.

De lo que dije a mi colega aquella vez ahorraré

a los lectores de LA GUERRA EUROPEA todo aquello que ya tuve oportunidad de relatar sobre la materia al transcribir mis notas sobre mi viaje al teatro occidental de la guerra. Es decir, todo aquello que se refiere a la organización de etapas tras de un ejército inmóvil en una línea de combate determinada. En Galizia actualmente es la línea muy extensa también, por lo cual su profundidad es semejante a la de las tropas que luchan en Francia; las columnas de provisión, de munición y hasta las de ejército se reparten en muchos caminos, aun de segundo orden, durante su marcha. Por otra parte, la diferencia existente entre ambos frentes de combate, la movilidad de las tropas, separa completamente el aspecto de uno y otro. En tanto que el aprovisionamiento de las tropas en una línea inmóvil ofrece la grande ventaja de estar continuamente a la misma distancia de los lugares, estaciones o centros del aprovisionamiento, lo cual tiene por consecuencia que los caminos utilizables puedan ser determinados con precisión, tanto los de ida, como los de vuelta, de manera que los trenes no se estorben entre sí—los trenes y convoyes de un ejército en movimiento necesitan hacer cada vez más largos caminos de retroceso y más rápidas marchas de avance para poder alcanzar el frente que adelanta. En la retirada es el aprovisionamiento más sencillo y cómodo, pues los convoyes, que van delante de las tropas dejan de etapa en etapa, sobre los caminos que puedan seguir las columnas de ejército, provisiones suficientes. Este método es muy propio para desperdicios; pero sólo así se evita el riesgo de desmoralizar por el hambre un ejército batido.

Tomemos como ejemplo un ejército de tres cuerpos que avanza contra el adversario. Un sólo cuerpo de ejército con el bagaje ligero, marchando por un sólo camino carretero tiene, con las distancias de seguridad, una profundidad de 25 klms. en números redondos. En seguida, a una distancia de 5 klms., marcha el convoy pesado, con una profundidad de 7 klms. Este convoy consta de: 205 carros de dos caballos con el equipaje de la tropa, 170 de vitualla, y 36 de cuatro caballos con forraje. Detrás sigue, con tres klms. de distancia, la primera parte del tren y trenes, con una longitud de siete klms. En seguida, retirada más de siete kilómetros, la segunda parte, que mide 13,000 metros de profundidad de marcha. Se ve que la distancia de D a F (en la figura adjunta) es nada menos que de 68 metros, sin contar las dos columnas de panadería que lleva cada cuerpo de ejército y que aumentarían la longitud en unos 400 metros. Si se pueden aprovechar dos líneas, como en el caso del I cuerpo (ala derecha del ejército), la profundidad puede reducirse en algunos kilómetros, lo cual facilita la repartición de alimentos, según veremos después.

La primera parte del tren consta de un grupo de columnas de municiones (dos de infantería y tres de artillería), dos columnas de municiones de artillería montada, tres columnas de provisiones, 12 lazaretos de campaña, tren de puentes y de telégrafos, depósito de caballos y una columna de panaderías de campaña. La segunda parte lleva un grupo de columnas de munición, tres de provisiones, siete columnas del parque.

Las columnas de provisiones y del parque transportan los alimentos para la tropa. Una columna de provisiones con 36 carros de dos caballos transporta

16.000 porciones, suficiente para nutrir un día una división de infantería. La columna del parque tiene 60 carros y carga 22.000 porciones. En conjunto, los alimentos que siguen a un cuerpo de ejército bastan para alimentar a los soldados que lo componen, durante cuatro días. El aprovisionar debidamente estas columnas es tarea del Intendente de Etapas, que tiene su centro en la estación de etapas (C), en cuanto es posible unida por líneas férreas con los territorios fuente de los productos por utilizar.

Al darse la orden de hacer alto se dirigen las tropas al descanso. Un ciclista comunica la orden a los

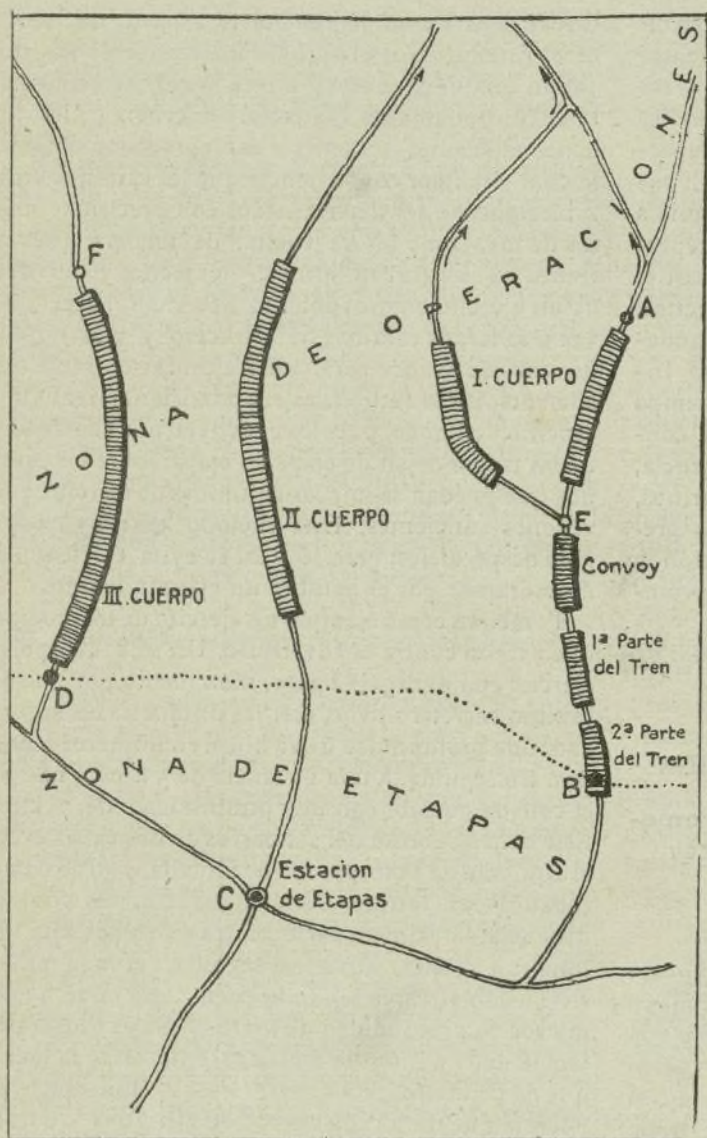
Entran las tropas en descanso, necesitan para comer la carga de los carros de provisiones que van con el convoy. Si la tropa está provista de cocinas de campaña hay que llenar éstas de nuevo con la carga de esos carros del convoy. De todas maneras quedan éstos vacíos. Para llenarlos, necesitan seguir marchando después de la orden de reposo, dos columnas de provisiones de la primera parte del tren hasta alcanzar a la tropa. El hueco que dejan lo vienen a ocupar dos de la segunda parte. Para evitar el cargar y descargar durante la noche, lo cual aumentaría considerablemente la tarea de los encargados de los carros, se hace devolver los carros vacíos a la próxima estación de etapas de segundo orden, lo cual significa regularmente dos días de marcha hacia atrás. El mismo cuadro se repite diariamente. Se ve claramente por qué es de aprovecharse un camino paralelo siempre que sea factible, pues de esa manera se acortan las sobre-marchas de las columnas de substitución, que no soportan ni las fuerzas humanas, ni los animales cuando son muy considerables.

La región o zona comprendida entre la cabeza y la cola del ejército en marcha se llama de operaciones; la que queda detrás y se termina en una línea ideal bastante separada de los campos de batalla, es la de etapas. En esta última se encuentra la estación principal de etapas o cabeza de etapas. Jefe del aprovisionamiento de cada cuerpo es el Intendente del cuerpo. Su cuidado es el de proveer constantemente al consumo, obteniendo los productos de la región de operaciones misma y haciendo venir de atrás lo que no se encuentra en suficiencia en el país. En caso de operaciones de larga duración en una misma línea de combate, cesa automáticamente el aprovisionamiento del país y se reduce al que de la retaguardia viene.

De modo semejante se desarrolla el movimiento de las columnas de municiones cuando el enemigo está tan cerca que haya que entrar en combate y durante estos mismos. Arreglar números aquí detrás de otros no tiene objeto, pues la comparación con lo que relativamente a la nutrición sucede es sencilla.

Era ya de noche cuando alcanzaron su fin mis explicaciones. Mi colega noruego había llenado de notas su cuaderno y me colmó de agradecimientos, lleno de satisfacción.

J. C. GUERRERO



jefes del tren, con lo cual pasan varias horas. Pero aún llegada la orden, el convoy, como las columnas del tren, no entran directamente en reposo. La mayor parte de los carros—especialmente los de municiones y tren de puentes, etc.—se dirigen a las poblaciones que les quedan más cerca. Un lugar de reunión para todos es imposible, primero, por lo crecido de su número y después, por la distancia que separa a los de adelante de los traseros. Consideremos nada más las dos partes de los trenes. Las dos puntas están separadas una de la otra por una distancia de 27 klms. es decir una jornada de marcha. Si los últimos carros hubieran de alcanzar a los primeros tendrían que seguir marchando hasta el día siguiente; es decir, cuando los delanteros debieran ponerse nuevamente en marcha.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Camino de la victoria

—Estoy maravillado de la imaginación de los rusos. La caballería acuchilla a los alemanes para que la infantería haga prisioneros; en Armenia, los cosacos escalan las simas más espantables y, sin padecer una sola baja, despeñan a los turcos y los convierten en papilla; Brusilov va sumando prisioneros, y sus partes—que no son suyos, mi querido señor A, sino de los literatos anglo-franceses—parecen operaciones aritméticas; aunque retroceda va haciendo prisioneros; allá en Asia, como los conocimientos

geográficos son rudimentarios, se lucha en *direcciones* y *hacia* puntos que distan centenares de kilómetros de los lugares del combate; destacamentos de una docena de hombres, apresan y rinden a batallones alemanes;... aquello debe de ser Jauja. ¿No será que Barrés, del que hace tiempo no tengo noticias, se ha trasladado a Rusia? ¿Por ventura no será todo ello obra de algún guasón?

(El señor A).—Las noticias que le contrarian, don Subrio, las pone V. en cuarentena, y aún se burla V. de Barrés.

—Verdad es que los rusos tienen poco que envidiar a los britanos y a los galos en hinchar el perro. ¿No le llamó a V. la atención aquel despacho inglés que decía: «Estamos contando los prisioneros»? ¿o bien aquel otro francés que rezaba: «estamos desen-

frente. Los topes tendrán mucho que aprender de los alemanes. Y a todo esto, en Verdun se disfruta de una tranquilidad que enciende el pelo.

(El señor A).—Ha comenzado la batalla final; pronto no quedará un solo alemán para contarle.

—Esto me recuerda la famosa y pregonada ofensiva en la Champagne; nos aburrieron ustedes durante seis meses pintándonos las hazañas y los triunfos galos, y ahora resulta que aquello fué un desastre, según reconocen los periódicos defensores de la independencia griega. Tal vez dentro de seis meses se nos diga que los triunfos en el Somme han sido una paliza loca.

(El señor A).—No dispare V., don Subrio. ¿Y el Marne?

—De aquellos [polvos salieron estos lodos. Del



Húsares húngaros en una trinchera

terrando los cañones alemanes para conocer la cifra de los que han caído en nuestras manos?».

(El señor B).—Con negar veracidad a las noticias que le desagradan, ha salido V. del paso. Pero de este modo no consigue V. sacar del atolladero en que se han metido a los germanos. Están ya con el agua al cuello.

—Es una medida de higiene, contra el calor y los insectos. Por igual motivo, yo fumigo los partes anglo-franco-ruso-italo, etc., etc. El único que se ha escapado de la quema, por su verdad innegable, es uno, que publicó la prensa francesa, relativo a «nuestra victoria sobre Grecia».

(El señor B).—¿Acaso podía dejarse a Grecia que jugara con los aliados? ¿No comprende V. que por el camino que había emprendido iba derecha a su perdición?

—Me pasma también el número de trincheras y posiciones de que se apoderan los aliados; no pasa día sin que ocupen media docena en cada punto del

Marne ha nacido Verdun. Nadie puede decir de esta agua no beberé, ni ningún aliado podrá afirmar que no perderá algún hueso en tal o cual parte...

(El señor A).—No han sido pocos los que les han roto a los alemanes.

—No me ha dejado V. terminar: iba a decir que los huesos franceses, lo mismo que los rusos, van siempre acompañados de una buena tajada, mientras que los alemanes están descarnados; como si dijéramos: las victorias francesas y rusas son a palo seco, y las germanas unas veces con Champaña, otras con minas y metalurgías, y en todos los casos con pingües territorios.

(El señor B).—Celebro que no se refiera V. a las inglesas, porque bien patentes están las conquistas britanas en Africa y en Oceanía.

—No cite V., por si acaso, a Asia, que huele a chamusquina. Por lo demás tiene V. razón: los ingleses reservan todo su poder ofensivo para las tierras africanas. En Europa acaban de tomar a los

franceses los pocos pelos que les quedan, que al decir de los maliciosos están en el cogote, donde todavía abundan, y son sedosos y rizados.

(El señor B).—Que hubiera V. dicho esas palabras hace un mes, pase, pero ahora... cuando el ejército inglés ha emprendido una ofensiva incontestable y se está portando como un león, no me lo explico.

—Menos se lo explican los franceses. Quedamos en que los ingleses no atacaban porque Joffre no quería, esto es, que la culpa de su inacción la tenían los franceses; llega el momento del ataque, y como buenos camaradas, britanos y galos se lanzan al asalto, pero los primeros lo piensan mejor, y como no quieren que el amor propio francés padezca, se quedan inmóviles y contemplan cómo avanzan los ejércitos de Foch. ¿Vamos allá?, exclaman, y al arrancar a correr hacia el enemigo se paran para disfrutar mejor del admirable espectáculo; si hubieran hecho lo mismo cuando tocaron a correr en sentido contrario, menos mal, pero entonces se portaron como fieles y buenos camaradas y evitaron que el fracaso recayera exclusivamente sobre los galos. A este paso, Inglaterra no se despoblará, señor B: ha resuelto el problema de que no disminuya su población, a expensas de la rusa y de la francesa, con literatura y sin ella. ¡Vaya unos prójimos, y que aprovechaditos nos han salido con su libertad y su civilización!

(El señor B).—Si discurriera V. serenamente, comprendería que si los ingleses se sacrificaran ahora, no podrían intervenir en el momento psicológico.

—Es decir, que se reservan para mejor ocasión. Bien decían nuestros abuelos que los ingleses son muy reservados; los conocían mejor que nosotros. En cambio, para quitar moños son insubstituíbles: el célebre Repington se ha encarado con los italianos y les amonesta porque dijeron que habían derrotado a los austriacos. ¡Vaya una soberbia la italiana! ¿No pretendía haber vencido a los austriacos? ¿Qué se dejaba entonces para Inglaterra? Parece mentira que los italianos ignoren esa verdad elemental: ellos han de sacrificarse, como los galos y los Mujiks, para que luego los ingleses obtengan la victoria sin más que coger la sartén por el mango; pero quedará el rabo por desollar.

(El señor A).—¿A qué conducen todos esos discursos?

—A demostrar que cada día están ustedes más cerca de la victoria final.

(El señor A).—Podía V. haber empezado de otro modo; pero me basta que reconozca V. lo evidente.

—Sí, señor: la victoria final, la más apreciada, es la del espíritu sobre la materia, y como a ustedes ya no les va quedando más que espíritu, por eso digo que se acerca el día de la victoria final.

(El señor A).—Menos alimentos hay en Alemania, de modo que por esta parte estamos completamente tranquilos.

—Por esta parte, sí, señor, pero yo me refería a la otra, a la de los estacazos.

(El señor B).—Es V. intratable, don Subrio: estará V. muerto y enterrado, y aún se las echará de perdonavidas. Van los alemanes de mal en peor, y, sin embargo, presume V. de que lo pasaremos mal. ¿No recuerda V. aquello de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio? Aplíquese V. la moraleja.

—No hay inconveniente: yo me aplicaré la mora-

leja, V. se aplicará al comercio, y al señor A, con su cortejo de rusos, le aplicaremos parches, compresas, vendajes, cataplasmas y otros auxilios de que anda muy necesitado.

(El señor B).—¿Y a los austriacos?

—¿Los que se encuentran delante del ejército intacto? Los versos del poeta tuerto les curarán. No importa que cada día pierdan un «rico botín», porque se lo cobrarán en especies. Resueltamente, y para que no se molesten ustedes, no creo una palabra de los partes aliados. Son ustedes unos perfectos trapisondistas.

(El señor A).—¡Acabáramos de una vez! Entonces, es inútil discutir.

—Completamente inútil. Esperaremos al final. Han movilizadlos ustedes toda la prensa, que dispara furiosamente con proyectiles de papel y tinta, y por este medio pretenden llegar a la victoria. No digo que no la alcancen ustedes un día u otro, aunque lo dudo, pero por el momento, además de perder territorios, prisioneros, artillería y fortalezas, han perdido ustedes algo que vale todavía más. Y lo más triste es que se esfuerzan ustedes en que lo perdamos los demás; declaro que no pocos pacíficos neutrales andan por ahí con los sesos derretidos, por obra y gracia de los embaucadores modernos.

El (señor B).—¿Se puede saber qué es lo que hemos perdido?

(El señor A).—No lo pregunte V., señor B, porque bien clara es la respuesta que le dará don Subrio; dirá que hemos perdido el juicio.

—Líbreme Dios de inferir a ustedes semejante ofensa.

(El señor B).—¿Será acaso la memoria?

—No se devane V. lo que no tiene: han perdido ustedes el *oremus*.

SUBRIO ESCÁPULA

LOS MÚLTIPLES ASPECTOS DE UN PROBLEMA DELICADO

«¿La vida cara?—me pregunta un funcionario del Ministerio del Interior. La causa es tan sencilla como el remedio. El precio de venta de los artículos de primera necesidad ha tenido un alza escandalosa, provocada por los intermediarios sin escrúpulo. ¡Reglamentemos la venta! El precio del pan no ha sobrepasado nunca más allá del máximo previsto. ¿Por qué? Porque está sometido a la tasa. ¿Amenaza ésta el reducir las ofertas en el mercado, los intermediarios hacen escasear la mercancía, para conservar sus beneficios? Pues, entonces, acúdase a la requisición. Y para que la requisición se apoye en una base seria, imponed la declaración obligatoria. Estas son las tres etapas de la legislación económica, hecha necesaria por el estado de guerra. Una tasa sin requisición posible es una medida peligrosa, entiéndase bien, y una requisición sin declaración obligatoria opera en el vacío.

»—¡Reglamentar la venta!—responde, encogiéndose de hombros, un representante de la Agricultura—¿para qué puede servir, sino facilitáis la producción? El precio de venta es un simple resultado del precio de coste, al que se aumenta un beneficio. Se ha tasado el trigo, se ha tasado la avena, se ha tasado

la carne en sus precios de venta. El agricultor que las produce ha de continuar comprando los abonos, las máquinas, pagando la mano de obra agrícola, vestirse, calentarse, y todo esto le cuesta hoy más del doble. Si limitáis el precio a que puede vender, sin limitar los gastos de lo que podríamos llamar su «fábrica agrícola», sus precios de coste, paralizaréis sencillamente la producción, agregaréis la crisis de cantidad a la crisis de precio.

«Evidentemente, hay en esto un fondo de verdad añade el director de ferrocarriles—pero la causa verdadera del mal está más lejos. La verdad es que faltan transportes en el interior. Hé aquí por qué el labriego compra más caros sus abonos, sus elementos, hé aquí por qué los víveres han alcanzado precios fantásticos en las grandes poblaciones. En París se pagan los huevos a treinta céntimos uno, mientras que en el fondo de la Vendée cuestan un franco la docena. Se carece de abonos en Normandía, y en Marsella no se les puede dar salida. ¡Más vagones! Este es el remedio.

«—¿Por qué escasean los transportes?—replica un director de Comercio.—Porque se les emplea mal. Para llegar al consumidor, la mercancía recorre inmensos trayectos inútiles, lo que perturba el movimiento ferroviario. Lo que importa es el número de kilómetros recorridos y no el número de viajes. París, para citar un sólo ejemplo, compra ganado en todas las provincias sin excepción. Y las ciudades de estas regiones compran a su vez ganado hasta en Normandía, junto a París. ¡Cuántos kilómetros derrochados y cuántos vagones ocupados sin provecho! Lo mismo ocurre con todos los artículos. Habéis señalado los transportes inútiles de la guerra. Los de la alimentación civil son menos fáciles de encontrar, pero tan ilógicos como los otros. Lejos de restringir el comercio suprimiendo el intermediario, es menester desarrollarlo en todas partes reduciendo la circulación al mínimo necesario y comprando en el extranjero todo lo que nos falte.

«—¡Comprar en el extranjero!—murmura un alto funcionario de Hacienda. ¡Se dice muy pronto! ¡Como si no comprásemos bastante acero, explosivos y material de guerra! No es comprar, sino vender al extranjero lo que importa, para conservar a nuestra moneda un cambio que nos permita comprar a precios razonables. Hay que sacrificarse un poco, enviar a los países que aún son ricos nuestros productos más caros, mantecas finas, vinos exquisitos. De este modo, compraremos más barato, gracias al cambio de nuestra moneda, los géneros de que no podemos prescindir.

«—No tenéis más que comprarlos en nuestras colonias—declara un delegado de este Ministerio—y tendréis cuanto necesitamos, sin que salga oro del país. Pero Francia continúa ignorando sus tesoros de riquezas naturales.

«¿Y con qué barcos haréis venir esos géneros?—objeta la Marina.—¿No habéis visto la subida de los fletes? ¿Queréis organizar la vida barata con transportes cada día más caros? Los neutrales son quienes nos arruinan. Conseguid que Inglaterra tase el flete de esos piratas del mar, amenazándoles con negarles el carbón.

«—Sobre todo, nada de perder el tiempo con los neutrales—exclaman desorientados los de Negocios

Extranjeros.—Algunos de ellos son proveedores nuestros; otros que podrían ser los de Alemania, pudieran trocarse en aliados...

«—Por otra parte—interrumpe la Justicia—no se cambian las leyes, aunque sea en nombre de la necesidad económica, como se cambia de ropa. Para la represión en el interior, como en el exterior, sólo han de aplicarse las leyes existentes, y algunas adolecen de perniciosas lagunas. Así, para la avena, existe el derecho de tasa, pero la declaración no es obligatoria. Resultado: la avena ha bajado de precio oficialmente, pero no se la encuentra. Se ha tasado la leche y no se ha tasado la manteca. Se fabricará manteca con la leche antes que venderla con un beneficio menor que bajo forma de manteca.

«—¿De dónde queréis, en todo caso, que encontremos obreros?—pregunta un funcionario del Ministerio del Trabajo.—La guerra nos ha arrebatado millones de hombres, los mejores. Es evidente que se les podría reemplazar en los campos con máquinas, pero ya no disponemos de ellas, y las fábricas que podrían fabricarlas hacen proyectiles y trabajan para el ejército.

«—Reconoceréis, sin embargo, que esto es lo principal—concluye el representante de la Guerra.—Antes de vivir barato, es menester vivir, y para vivir hay que defenderse. Lo primero es constituir el ejército, equiparlo, mantenerlo, alimentarlo. Evidentemente, esto hace que los víveres escaseen, así como la mano de obra, y que se eleven los precios; pero ¿cómo evitarlo?»

Tales son los múltiples aspectos del problema. Porque todos esos funcionarios tienen estrictamente razón. Cada uno de sus puntos de vista es rigurosamente exacto. Pero diez puntos de vista son muy diferentes, y por ingeniosos que sean no producen una solución, y diez soluciones diferentes, aunque todas sean lógicas, no resuelven prácticamente un problema. Ahora, en el momento presente, cada representante de los diversos Ministerios, en el límite de sus medios, de su influencia y de sus fuerzas, se contenta con aplicar, en la parte del mal que puede vislumbrar el remedio que juzga conveniente, sin preocuparse de si la mejora que aplica agrava el mal en otro concepto. Ninguno de ellos tiene el poder, sino el deseo, de elevarse a un punto de vista general y único, si hay uno, o por lo menos a un punto de vista más general, interministerial, podría decirse, simplemente nacional. No es que algunos no lo entrevean con claridad, pero sólo, el individuo sin acción, no lo puede resolver. El funcionario queda limitado a su zona de influencia legal. En cuanto al Gobierno, su unidad no existe más que de nombre. En la realidad, opera por medio de los ministerios de que se compone.

Y, sin embargo, es necesaria una solución. Cada día y cada hora se produce un alza en el precio de los víveres. ¿Cómo obtener un punto de vista central que permita una acción general, un remedio que no sea simplemente un cambio de postura del enfermo? Se ha pronunciado la palabra de Dictador económico. El ejemplo de Alemania, país de centralización de poderes, en que esa solución encuentra facilidades que no existirían entre nosotros, nos parece poco envidiable. El dictador económico, von Batocki, parece muy desdibujado, sus decisiones

poco eficientes. Es que no basta, en efecto, tarea ya poco fácil, encontrar el genio omnisciente que sepa comprender todos los problemas; es menester, si no se quiere que su papel se reduzca a una simple consulta teórica, darle, al mismo tiempo que la voluntad, todos los poderes, para ejecutar lo que ha concebido. Y un dictador económico sería así un simple dictador.

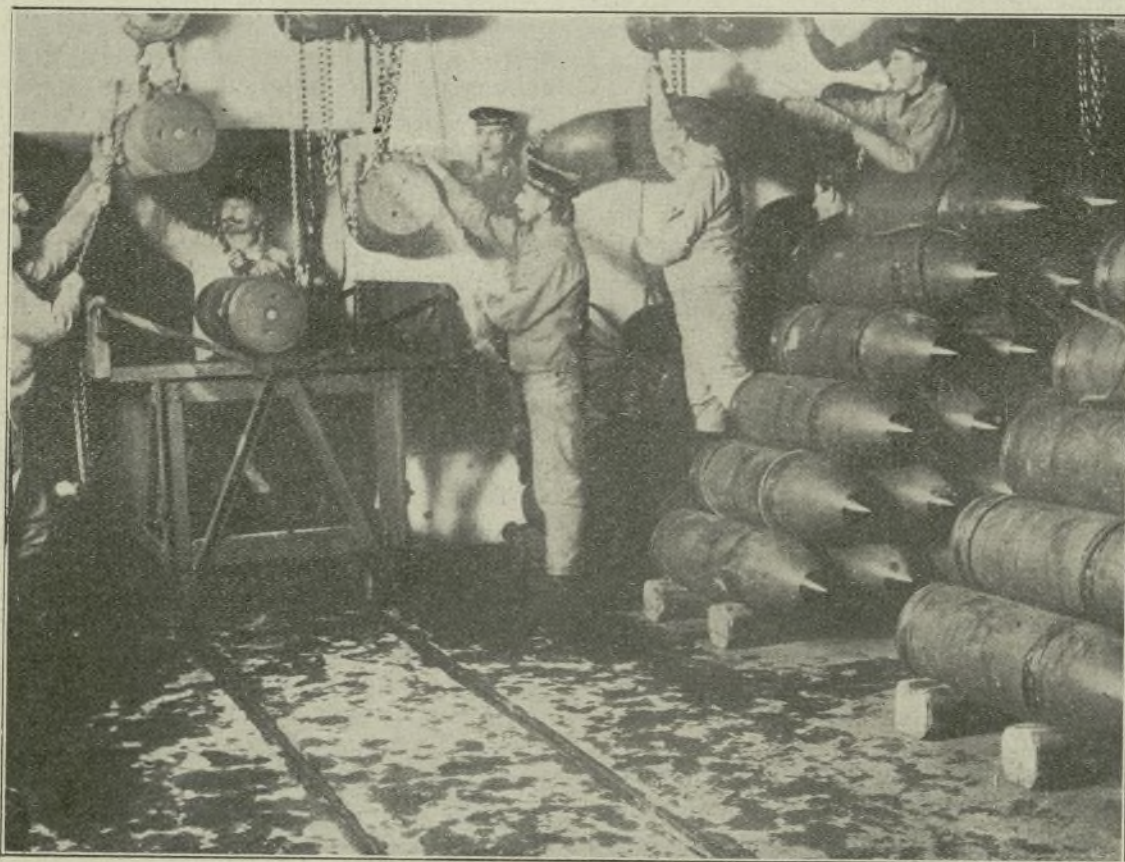
¿Es posible esta solución en Francia? Si no lo es ¿por qué organismo, compatible con nuestro sistema de Gobierno y con la situación actual, se puede tratar de establecer esa dictadura económica evidentemente necesaria, sin recurrir al imposible dictador?

GEORGES PRADE

(De *Le Journal*)

Hoy, las mentes de hombres y mujeres buscan un refugio para el espíritu, huyendo de los horrores que hemos desencadenado sobre la presente generación. La imitación al pie de la letra de las tradiciones orientales ha de conducir siempre a un fracaso, pero ganaríamos mucho con el estudio de la simplicidad y humildad que los orientales patentizan en presencia de una belleza que de la divinidad se transmite a los hombres y a lo que les rodea.

La ceremonia del té aún ocupa un honroso lugar en la vida de las familias que guardan las tradiciones japonesas. La ceremonia tiene algo de sacramento religioso, por su rito lento y solemne. Uno de los miembros de la familia, iniciado en los sencillos misterios, desempeña el papel de Señor del Té. El



Embarque de proyectiles en un acorazado alemán

LA CEREMONIA DEL TÉ EN EL JAPÓN

En el suplemento japonés del *Times* se ha publicado un curioso artículo, firmado por Elspet Keith, cuya traducción es la siguiente:

Las egoístas inteligencias occidentales siempre se ocupan en sí mismas, pero las orientales saben cómo sumergirse en lo que es universal. Debemos al hermano primogénito de Oriente el descubrimiento del ritual del té, y Japón siguió desde luego las enseñanzas de China. Todo el mundo sabe que los altivos guerreros del Japón se humillan con gusto en presencia del Señor del Té. La ceremonia del té se verifica en un pequeño cuarto, de bambú y cañas, amueblado con la mayor sobriedad, y los adoradores entran por una puerta baja, arrodillándose. Los vasos que se emplean simbolizan la hermosura de la sencillez y naturalidad; todo es apacible, y en este lugar los hombres olvidan un breve espacio de tiempo, las luchas y pasiones.

té verde en polvo se prepara con agua hirviendo, se entria ligeramente y se le quita la espuma antes de ofrecerlo a los adoradores. Todos los movimientos y gestos del Señor y bebedores del Té, incluso las palabras que se pronuncian, se ajustan a usos antiguos. La descripción de la ceremonia parecería monótona y hasta inexpresiva, a menos que se tuviera algo del espíritu de paz y desprendimiento.

En un remoto lugar del Japón, a 30 kilómetros de la estación más próxima de la vía férrea, dominando una costa de aguas tranquilas, se alza la casa de un propietario rural que ha sido la morada de la misma familia durante doce generaciones. Las maderas, sin pintar, tienen la pátina del sol y del aire del mar. El agua del viejo manantial fué llevada al centro del patio interior hace trescientos años. Palomas y golondrinas de rápidos movimientos, bajo los grandes aleros del tejado. Las bajas ventanas están protegidas por rejas de madera, en vez de cristales. Dentro y fuera se nota la sensación de paz y de ais-

lamiento, sin la menor asociación con el mundo exterior. El dueño de la casa es un hombre de acaso treinta y cinco años, de cejas oblicuas y grandes ojos oscuros, de dulce mirar. Su boca, cuidadosamente afeitada, tiene los dulces rasgos femeninos, y cuando una sonrisa la entreabre deja al descubierto una dentadura impecable. Su elegante perfil parece italiano más que japonés. Su traje nacional es de seda oscura, con un trenzado de colores más claros. Sus pies se calzan con blancos *tabi*.

Dentro de la casa, los invitados son recibidos con la proverbial cortesía del Japón antiguo. En una habitación de tono oro pálido, se sirven delicados manjares en vajillas chinescas y de laca de valor inapreciable. Un hijo de la casa hace los honores, porque ningún sirviente puede acercarse a los invitados. Después de una minuciosa comida y de

La comitiva se compone de cinco personas: tres japonesas, un inglés y una inglesa. Se invita a la dama a arrodillarse ante la ventana que da al jardín, y se le dice que cuando la dueña de la casa abra la puerta, cubierta de bambú, que aparece en el lado opuesto del jardín, debe de ponerse de pie, corresponder a la inclinación de cabeza que se le hará y, a una señal, seguir a la señora de la casa al cuarto de la ceremonia. Durante veinte minutos esperan los cinco invitados.

Lentamente, detrás de una alta barandilla de delgados bambús, aparece, vestida de gris, la figura de una señora de mediana edad, que se acerca a la puerta. Casi sin respirar, los cinco aguardan su llegada. Sus pies van cubiertos por sandalias nuevas, de paja, que protegen sus limpios *tabi* del imaginario polvo de las losas que forman el camino por donde



El Kaiser en el frente de batalla

un cambio de cortesías los convidados pasan a la ceremonia del té. Así como en el Oeste una familia acaudalada tiene su capilla privada, en el Oriente hay cuartos especiales para el rito del té. Los invitados pasan primero a un salón de descanso, al que se llega por un pasillo, a *engava*, galería descubierta que contornea por tres lados a un viejo jardín. Es un jardín para recreo de la vista, pero no para pasear por él. Se ven allí pinos que han sido cuidados durante centenares de años. Linternas de piedra se destacan del verde follaje de los árboles. En un rincón aparecen florecillas cuyo color azul semeja el del cielo. El salón de descanso es una casita de madera y esteras, con esterillas y cojines para arrodillarse y un hogar de carbón, sobre el cual el agua de una calderita borbotea musicalmente. Pastillas de incienso desprenden aromático olor. Invítase a los forasteros a «oler el sonido» que se desprende de la caldereta y a «escuchar el incienso». La parada en el salón de descanso sirve para disponer el espíritu a la ceremonia que sigue.

pasa. Con gracia y grave formalidad, la señora abre la puerta y, sin mirar, al parecer, a las personas que hay en el salón de descanso, se inclina profundamente tres veces. La inglesa corresponde debidamente, y a una señal de su huésped la siguen nerviosamente los invitados; los cuatro hombres desfilan lentamente tras la dama, poniéndose cada cual un par de sandalias de paja, nuevas, que están aliñadas en el *engava* del salón de descanso. El sol de la tarde envía sus rayos a través de las varas de bambú y refleja los árboles en una miniatura de estanque que hay en el jardín. Las cinco personas se acercan al cuarto del té. Al entrar, se desprenden de las sandalias de paja, que dejan fuera.

El cuarto es de madera, graciosa y artísticamente labrada, y su piso cubierto de *tatami*. Solo hay sitio para cinco personas, que se arrodillan, de espaldas a las paredes, en el lado del cuarto por donde han entrado. Enfrente, a su derecha, está el altar de la belleza: el *tokonoma*. En la pared correspondiente hay un inapreciable *Kakemono* antiguo. Suspendido del

techo, se ve un jarro de bronce, de forma achatada, adornado con un ramo de flores azules. Los mimbres han sido cuidadosamente trenzados por los diestros dedos de la huésped, y el efecto del vaso y de las flores produce en el ánimo una sensación parecida a la de la lectura de un hermoso poema, o acaso a la visión de una magnífica mariposa. En el fondo, un hogar de carbón está algo enterrado. El hundido *hibachi* es cuadrado, y encima una caldereta tan vieja como el salón, de metal oscuro y batido a mano, con su parte superior imitando las espaldas de Fuji. Una cobertera gruesa, de cobre, está ligeramente levantada para que escape el vapor y se escuche el murmullo del agua que hierve. Sobre la caldereta, dos aros destacables substituyen el asa. En el hogar arde el incienso.

El crepúsculo, que avanza rápidamente, parece alejar más el brillo de las brasas. Fuera, las luces comienzan a brillar en las linternas de piedra, donde se han puesto bujías protegidas por pantallas de papel de arroz. Otras lámparas de hierro, de dibujo antiguo, aparecen entonces pendientes del techo; en ellas, las bujías están tan hábilmente dispuestas, que se las tomaría por estrellas del cielo, mientras que la pantalla de las lámparas de piedra están cortadas para dar la impresión de diferentes fases de la luna.

En antiguas bandejas chinescas, se sirven entonces tortas de arroz de diferentes clases. Los invitados conversan en voz baja, hasta que la dama japonesa, callada y grácil, aparece de nuevo. Entra y se arrodilla sobre un cojín junto a la puerta. Con movimientos medidos arregla el fuego, añade agua fría a la que hierve en la caldereta, y con la suavidad de un pájaro limpia la parte superior de la caldereta y las maderas que rodean el *hibachi*. Cada vez que entra o sale, desliza sus pies calzados de blanco sobre el suelo, con un movimiento pausado. La última vez, trae dos raras poncheras para servir el té. Una de ellas tiene la forma de un hongo, toscamente forjada y de color verde gris. La otra es negra y honda. Es una de las dos fabricada por un famoso *daimyo*, hace trescientos años. Es un tesoro de cerámica. En su misteriosa superficie hay unos adornos que semejan copos de nieve.

La dama arrodillada ejecuta el rito de preparación con celo cada vez mayor. El resplandor de las brasas alumbra sus oscuros ojos y pone un color sonrosado en sus mejillas. Su cabello está recogido desde la frente y forma un pequeño lazo en la parte posterior del cráneo. Su cuello es terso y esbelta su figura. Hay sombras junto a su boca y en los pómulos, pero la expresión de su rostro es dulce y atractivo, y sus nerviosas y ágiles manos denotan un temperamento vigoroso. Haciendo una profunda reverencia, ofrece a cada convidado el té, ya enfriado. En este ambiente de rara belleza y paz, «cada momento parece una eternidad» y el espíritu descansa. La Europa, entregada al delirio de la guerra, aparece entonces bajo un aspecto nuevo.

UN ELOGIO FÚNEBRE DE LORD KITCHENER

En la sesión necrológica que la Cámara de los Lores dedicó a la memoria de Lord Kitchener, el Conde de Derby pronunció las siguientes palabras:

«No hablo en nombre de nadie, sino como antiguo amigo de Lord Kitchener, y espero que la Cámara no me motejará de impertinente si digo algunas palabras. No hablaré de Lord Kitchener el Mariscal, de Lord Kitchener el administrador, sino solamente de Kitchener, «K», como le llamábamos, de Kitchener, que era mi mejor amigo. Le conocía hace muchos años. Nuestra amistad proviene del África del Sur, y durante los últimos meses no creo que nadie haya estado en más íntimo contacto con él que yo.

»Le he visto en un aspecto que muy pocos han llegado a penetrar, en un aspecto que casi parecerá increíble al público. Se le suponía serio, taciturno, grave. Jamás ha habido un concepto de un carácter más equivocado que ese. Lord Kitchener era tímido, más tímido de lo que el pueblo cree, y desconfiaba siempre de sí mismo. Un pequeño incidente lo demostrará. Ocurrió hace unos quince meses; entré en su despacho del Ministerio de la Guerra, y me dijo: «Deseo que me diga V. que estoy haciendo algo torpemente». Como yo manifestara mi sorpresa, añadió: «Presiento que he debido de hacer algo que no he hecho. Algo hay que yo podría haber hecho de más por mi país. Yo hago lo que puedo, pero a pesar de todo comprendo que debería hacer más».

»Era un hombre que inspiraba el mayor afecto a sus amigos. Deseo que S. S. me excusen si refiero una amistad particular que duró toda la vida de Lord Kitchener: la amistad del coronel Fitzgerald, su secretario particular. Si algún hombre puso su vida entera al servicio de otro, este hombre ha sido el Coronel Fitzgerald con respecto a Lord Kitchener. Si cupiera duda acerca de si el fin de Lord Kitchener es el que éste hubiera deseado, hay algo absolutamente cierto, a saber: que la muerte que deseaba el Coronel Fitzgerald era la de perecer al lado, junto al hombre a quien tan lealmente había servido durante toda su carrera militar. Cuando pienso en mi amistad con Lord Kitchener, los días que acuden con preferencia a mi memoria son dos de la semana que precedió a su muerte. Menos de una semana antes de su trágico fin, comimos los dos solos, y después de la comida me estuvo hablando, no de la guerra, sino de puntos de su vida privada que le interesaban mucho: de Broome, de su vajilla chinesca, de lo que haría después de la guerra y de su viaje a Rusia, que le entusiasmaba como a un colegial un período de vacaciones.

»Tres días más tarde tuvo lugar la reunión con los miembros de la Cámara de los Comunes, a la cual yo fui el único miembro de esta Cámara que asistió. Yo estaba presente cuando se le indicó que convenía tener una reunión con los miembros de la Cámara de los Comunes; no vaciló en responder, y dijo que desde luego la aceptaba. Pero con aquel singular tacto que tenía, aunque no era parlamentario, para adivinar lo que debía decidirse en el Parlamento, puso como condición que la reunión no se celebraría hasta después de haberse discutido su sueldo, porque, dijo: «No quiero que se diga que trato de evitar la discusión». Estuve presente en aquella reunión, y confieso ingenuamente que, aunque no dudaba de la grande importancia que tendría el acto, abrigaba mis dudas acerca de sus aptitudes para tratar puntos que sólo tienen costumbre de discutir los

versados en las lides electorales; reconozco que no le conocía bien. La reunión fué absolutamente secreta. No trataré de descorrer el velo del secreto; pero creo deber decir, sin vacilar, que, cuando salió del salón después de las preguntas a que le sometieron más de 200 miembros del Parlamento, dejó en sus oyentes un sentimiento de que el más alto se hubiera envanecido.

«¡Cuán lejos estábamos de comprender que acababa de escribir el último capítulo de su laboriosa vida! Es casi increíble cuán definitivo fué el adiós a su nación. Se despidió de ella por medio de sus representantes, dijo adiós al rey, al siguiente día se despidió de su amado Broome, al otro de Sir John Jellicoe y la poderosa escuadra, y partió a la muerte. No abrigaba ningún presentimiento. Sólo lo menciono porque creo, como en el caso de su gran jefe militar, Lord Roberts, el fin ha sido realmente el que hubiera deseado Lord Roberts murió después de revistar a sus amadas tropas indias, oyendo el ruido del cañón. Lord Kitchener dijo adiós a la nación cuando abandonó la maquinaria de los grandes ejércitos que había creado y organizado, y cuando sólo eran menester hábiles ingenieros para moverla. Parece como si la Providencia, en su sabiduría, le ha dado el descanso que de otro modo jamás hubiera disfrutado. Con la memoria de una gran batalla naval fresca en nuestras mentes, comprendamos cuán rica cosecha de vidas ha sepultado el mar. Los habitantes de estas islas hemos pagado desde tiempo inmemorial un duro tributo al mar por nuestra seguridad insular, pero, hablando como el amigo, de un amigo, añadiré que jamás el mar nos ha impuesto un tributo mayor que ahora, cuando Lord Kitchener, sepultado en un barco de guerra británico, se ha trasladado al más allá».

DESDE ALEMANIA

Questiones económicas y sus repercusiones. — Dimisión del Ministro Delbrück. — Helfferich. — Creación de un ministerio de nutrición

A las notas que comuniqué en mi reseña de mediados de mayo debo agregar, en lo relativo a la situación económica de Alemania, muy interesantes acaecimientos que de entonces acá se han realizado.

Como a ningún habitante del Imperio habían permanecido extrañas ni secretas las malas condiciones en que se llevaba a efecto la repartición de los artículos de primera necesidad entre las distintas clases sociales y entre las diversas regiones del país, ningún oído atento dejó tampoco de percibir el murmullo del pueblo, los ataques de la prensa y las convenciones de los políticos. Todo esto se dirigía en contra de las autoridades gubernativas competentes. Hacíanseles cargo de no haber dictado a tiempo medidas imperiosas y de andarse en éstas con tanteos temerosos o dictarlas a medias, sin curar el mal de raíz. Y no cabe duda que estos ataques tenían razón en gran parte, si bien no hay que olvidar que se trata de una obra inmensa a la que los órganos del Estado no estaban destinados, ni prevenidos. Ahora bien, el arreglo de cuestiones de la administración interior presenta en Alemania, a causa de su constitución federal, una dificultad legal orgánica. A ca-

da Estado particular confederado cabe su administración interna libre. En el radio de esta facultad cae, naturalmente, lo relativo a la distribución de sus elementos vitales entre sus pobladores. De ahí que la gran mayoría de las medidas económicas dictadas hasta la fecha fueran especiales a los diversos territorios. Lo cual, a pesar de las líneas directivas trazadas aquí y allá por el Bundesrat (colegio representativo de los gobiernos aliados), tenía por efecto una desigualdad considerable en el trato de los habitantes de diversos Estados. Una tendencia centralizadora se hacía sentir, tanto en el ánimo del pueblo que solicitaba tratamiento igual para todos, puesto que todos sirven de igual manera en los ejércitos, así como no menos en los círculos políticos que esperaban de la centralización una reglamentación más perfecta y barata.

El Bundesrat representaba esa cabeza centralizadora, tanto más cuanto que el Reichstag (el cuerpo legislativo del Imperio) delegó en aquel, desde el comienzo de la guerra un cúmulo de sus facultades. Pero el Bundesrat es un colegio y sus resoluciones requieren tiempo y trámites molestos y estando integrado por representantes de los gobiernos unidos, representa necesariamente tendencias particularistas, difícil de acordar. Por otra parte como verdadero poder ejecutivo imperial no puede llevar a la realización sus resoluciones sino por medio de los ministros responsables. Estos, a su vez, no tienen autoridad sino sobre los empleados imperiales, de tal manera, que para ejecutar decretos administrativos del Bundesrat necesitan dirigirse primero a los gobiernos particulares, para que éstos se encarguen de ponerlos en práctica por medio de sus empleados especiales, únicos que están en condiciones de hacerlo.

La prudencia, el tino y comprobada competencia del secretario imperial del Interior, Dr. Delbrück, no bastaron a una tarea tan extensa. A raíz de los debates respectivos en el Reichstag, renunció el Dr. Delbrück al puesto que ocupaba, desalentado por los reproches oídos y delicado en su salud personal.

Aún era tiempo. El descontento general no había alcanzado un punto culminante, como no lo había alcanzado el mal estado de la nutrición del pueblo, el cual, por el contrario, apenas empezaba a dejarse sentir. El más moderno y joven de los políticos gubernamentales, el Dr. Helfferich, fué llamado a substituir al dimitente, dejando su puesto de ministro de Hacienda. Entre todas estas medidas la más interesante es la relativa a la creación de un Ministerio de Subsistencias separado del Ministerio del Interior. El presidente de este Ministerio (dependiente del Canciller del Imperio, como miembro del Gabinete) recibe todas las facultades que tenía el Bundesrat con respecto a la alimentación y, además, recibe autoridad directa sobre las autoridades todas de los Estados particulares, sin tener que hacer pasar sus disposiciones por las centrales gubernamentales de aquellos Estados. Es un verdadero rompimiento de la constitución orgánica del Imperio, es un paso decidido hacia la centralización de la nación entera, de la cual depende la existencia de los Estados particulares en su carácter de *Estados*.

En cuanto a la reglamentación práctica de la alimentación, ganará mucho de seguro, que es lo que por el momento se trata de decidir.

Junio de 1916.

J. C. G.

LA CAMPAÑA NAVAL

Buques de guerra

ALEMANIA

| N.º | Nombre del buque | Clasificación | Tonels. | Fecha | Sitio | Modo | Observaciones |
|-----|------------------|------------------|---------|------------|--------------|---------|--------------------|
| 52 | N.º » | Submarino | | 22 Mayo 16 | Zeebrugge | Mina | F. de C. |
| 53 | Wiesbaden | Crucero | | 31 — — | Skagger Rack | Cañón | |
| 54 | Pommern | — | 13.000 | — — — | — | — | |
| 55 | Frauenlob | — | — | — — — | — | Torpedo | |
| 56 | Elbing | — | — | — — — | — | Volado | |
| 57 | Kiel | Torpedero | 900 | — — — | — | Cañón | |
| 58 | V. 48 | — | — | — — — | — | — | |
| 59 | N.º » | — | — | — — — | — | — | |
| 60 | N.º » | — | — | — — — | — | — | |
| 61 | N.º » | — | — | — — — | — | — | |
| 62 | Lutzow | Acorazado | 24.000 | — — — | — | — | |
| 63 | Rostock | Crucero | 4.900 | 1 Junio — | — | — | |
| 64 | Hermann | Crucero auxiliar | » | 13 — — | Báltico | Volado | Por la tripulación |
| 65 | Koenigs Saxon | — | » | — — — | — | Torpedo | |

TURQUIA

| | | | | | | | |
|---|-----------------|-----------|---------|-------------|-------------|-----------|--------------------|
| 1 | Mesudiye | Acorazado | 10.000 | 13 Dbre. 14 | Dardanelos | Torpedo | Sub.º inglés |
| 2 | Burak Reiss | Cañonero | 500 | 31 Otbre. — | Egeo | (Varado) | Para evitar captu- |
| 3 | Meyidie | Crucero | 3.500 ? | 3 Abril. 15 | Sebastopol | Mina | ra |
| 4 | Aziz | Torpedero | 400 | 18 — — | Chios | Varado | En costa griega |
| 5 | Beikis | Cañonero | 200 | 29 — — | Mar Mármara | Submarino | |
| 6 | Marmarias | — | 150 | 9 Junio — | Tigris | Cañón | |
| 7 | Hainedin Barba- | | | | | | |
| | [roja] | Acorazado | 10.000 | 10 Agosto — | Mar Mármara | Torpedo | |
| 8 | Berth-I-Satvet | Cañonero | 250 | 13 — — | — | — | |
| 9 | Yarhissar | Torpedero | 400 | 3 Dbre. — | Golfo Ismid | — | |

AUSTRIA

| | | | | | | | |
|----|--------------------|-----------------|---------|--------------|------------|---------|---------------------|
| 1 | Zenta | Crucero | 2.300 | 16 Agosto 14 | Adriático? | Cañón | |
| 2 | Kaiserin Elizabeth | — | 4.000 | 6 Nvbre. — | Tsing-Tao | Volado | Por los austriacos |
| 3 | Temes | Cañonero | 440 | 23 Otbre. — | — | Mina | |
| 4 | N.º » | Submarino | » | 17 Otbre. — | — | Cañón | |
| 5 | Novara (Tipo) | Crucero | 3.500 | 25 Mayo. — | Adriático | — | ? Parte italia- |
| 6 | Heligoland | — | — | — — — | — | — | ? no negado por |
| 7 | Czepel | Contratorpedero | 800 | — — — | — | — | ? los austriacos. |
| 8 | Scharfschuetze | — | — | — — — | — | — | ? ? |
| 9 | N.º » | Torpedero | 250 | — — — | — | — | ? ? |
| 10 | U. 6 | Submarino | — | — — — | — | — | ? ? |
| 11 | U. 12 | — | — | 11 Agosto 15 | — | Torpedo | ? ? |
| 12 | U. 3 | — | — | 13 — — | — | — | |
| 13 | Licka | Torpedero | 800 | 29 Dbre. — | — | Mina | |
| 14 | Tiglar | — | — | — — — | — | Cañón | |
| 15 | » | Aviso | 1.200 ? | 13 Enero 16 | — | Torpedo | Según los ital. Se- |

BUQUES MERCANTES ALIADOS Y NEUTRALES perdidos desde el 4 de agosto de 1914 al 4 de agosto de 1916

| | | | | | | | |
|----|--------------------|--------|---|----|-----------|-------------|---------------|
| 1 | Oceanic | 17.274 | » | 14 | » | Varado ? | Inglés |
| 2 | Rohila | 7.365 | » | — | » | Desapareci- | — |
| 3 | Viemor | 2.960 | » | — | » | — [do] | — |
| 4 | Diplomat | 7.615 | » | — | Indico | Cañón | Emden 1 |
| 5 | Troilus | 7.562 | » | — | — | — | — 2 |
| 6 | Lovat | 6.102 | » | — | — | — | — 3 |
| 7 | Exfort | 5.442 | » | — | — | — | — 4 |
| 8 | Chilkang | 4.950 | » | — | — | — | — 5 |
| 9 | Benmoor | 4.806 | » | — | — | — | — 6 |
| 10 | Buresk | 4.350 | » | — | — | — | — 7 |
| 11 | Clan Matheson | 4.775 | » | — | — | — | — 8 |
| 12 | Foyle | 4.147 | » | — | — | — | — 9 |
| 13 | Trablock | 4.028 | » | — | — | — | — 10 |
| 14 | Clan Grant | 3.948 | » | — | — | — | — 11 |
| 15 | King Lud | 3.650 | » | — | — | — | — 12 |
| 16 | Kilin | 3.554 | » | — | — | — | — 13 |
| 17 | Ribera | 3.500 | » | — | — | — | — 14 |
| 18 | Indus | 3.414 | » | — | — | — | — 15 |
| 19 | Belgian King | 3.395 | » | — | — | — | — 16 |
| 20 | Tymeric | 3.314 | » | — | — | — | — 17 |
| 21 | Comorant | 1.595 | » | — | — | — | — 18 |
| 22 | Ponrable | 473 | » | — | — | — | — 19 |
| 23 | City of Winchester | 6.800 | » | — | Atlántico | — | Koenigsberg 1 |
| 24 | Elsinor | 6.542 | » | — | Pacífico | — | Leipzig 1 |
| 25 | Bankfield | 3.703 | » | — | — | — | — 2 |
| 26 | Drummier | 1.844 | » | — | — | — | — 3 |
| 27 | Vine Branch | 3.442 | » | — | — | — | — 4 |
| 28 | Holwood | 4.223 | » | — | — | — | Dresden 1 |
| 29 | North Wales | 3.691 | » | — | — | — | — 2 |
| 30 | Hyades | 3.352 | » | — | — | — | — 3 |

(Continuará)

CRÓNICA MILITAR

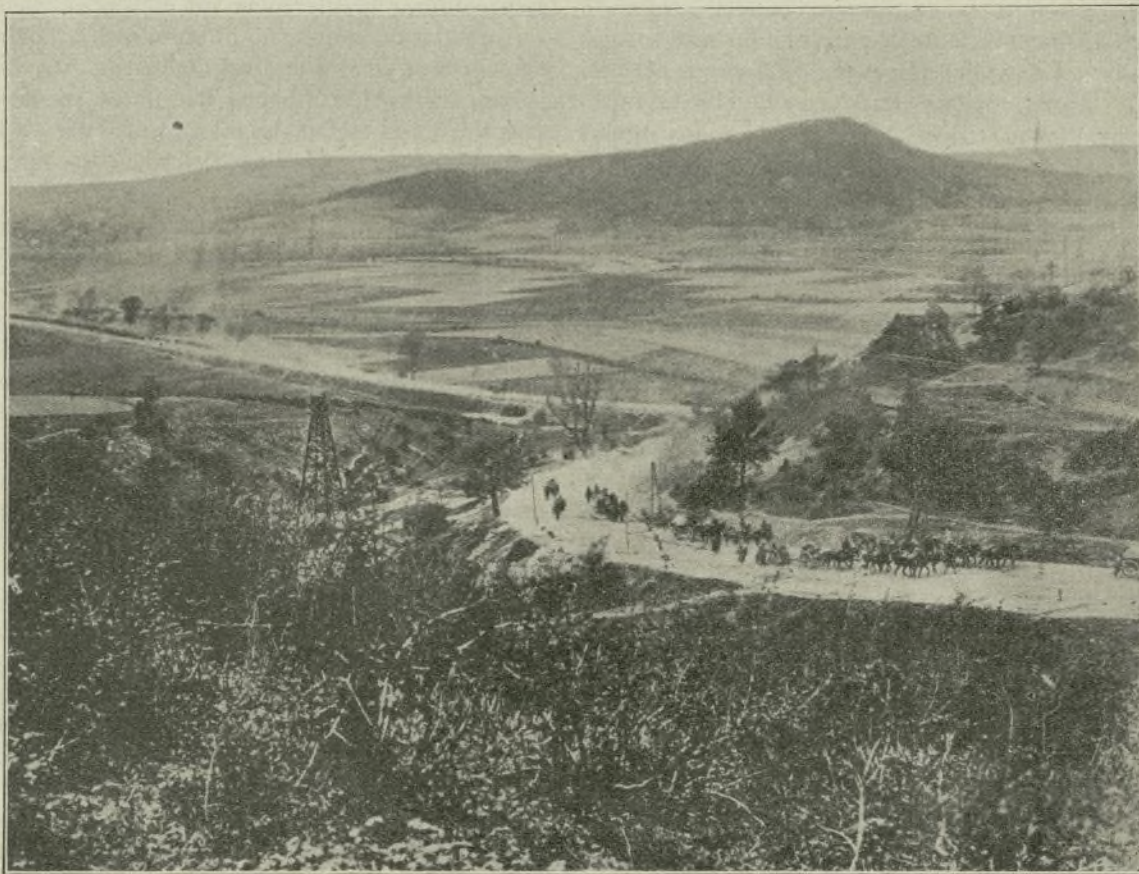
I. La improvisación.—II. Verdun y el efecto de la masa.—III. Unidad de acción y disparidad de esfuerzos.—IV. La situación el 16 de julio

I.—La improvisación

Los críticos de las naciones aliadas, y con ellos la opinión general de los respectivos pueblos, llevan casi dos años forjando explicaciones artificiosas de los éxitos obtenidos por los alemanes en todos los teatros de la guerra. Para infundir en el pueblo el convencimiento de la victoria, se presentó sólo la armazón material del cuadro de la guerra; la superioridad numérica y en recursos de los aliados era

mento en que la escasez se trocó en abundancia. Tampoco entonces fueron más afortunados los aliados: los alemanes obtenían éxitos en donde atacaban y no había medio de derrotarles cuando adoptaban una actitud defensiva.

La ofensiva rusa en Volinia y Galizia puso término al avance austro-húngaro en el Tirol, consiguió derrotar a los austriacos, aunque no a los alemanes, y demostró lo que sabíamos todós, esto es, que sin la coordinación de esfuerzos era imposible



Tropas alemanas en la Galizia Oriental

inmensa, y su situación geográfica infinitamente mejor, toda vez que la *Entente* sería abastecida por el mundo entero, mientras que la Europa central se asfixiaría dentro de sus propias fronteras. Lo más humano que hay, que es la guerra, quedó así transformado en una cuestión aritmética; se negó el talento, el espíritu, la instrucción, la disciplina, el arte, el estudio..., como si esos factores no hubiesen sido los preponderantes en todos los tiempos.

Como es natural, este sistema fracasó ruidosamente; los más fueron derrotados, y los menos, técnicamente mejores, llevaron la mejor parte. Pero como el reconocimiento de esas buenas cualidades en el adversario hubiera desalentado a los países aliados, se recurrió a un nuevo expediente: faltaban municiones. Durante un año, Inglaterra, Francia, Rusia, Japón, etc., se dedicaron febrilmente a torjar cañones y fabricar proyectiles, y sobrevino un mo-

que la victoria sonriera a los aliados. La lección fué tan evidente, que un nuevo tópico se apoderó de las columnas de la prensa: era indispensable la unidad de acción, el ataque simultáneo en todos los frentes.

A la sazón los rusos ganaban terreno en Bukovina y batallaban en Volinia, y los italianos, siguiendo, que no persiguiendo, a los austriacos que se replegaban en el Tirol, daban la impresión de una vigorosa ofensiva en el teatro meridional. Sólo faltaba que los ingleses se lanzaran al asalto en Flandes, Artois y Picardía, y el general Sarrail invadiese la Macedonia, para que la unidad de acción, panacea infalible, diera inmediatos resultados.

De aquí que cuando el cañón inglés tronó con violencia al N. del Somme, muchas personas creyeron que por fin había sonado la hora de la derrota de Alemania; las esperanzas se robustecieron y admi-

tiéronse como realidades, al conocerse los primeros éxitos de los aliados. Pero, a los pocos días, se extendió otra vez el desencanto. Los franceses, tan necesitados de auxilio, acometieron con ímpetu y obtuvieron ventajas de relativa consideración; mas los ingleses, a la izquierda de los primeros, se detuvieron a los primeros pasos, y el general Foch hubo de detenerse porque sus flancos quedaban al descubierto.

¿Qué había ocurrido? ¿No se batían bien las tropas inglesas? Ni en hipótesis debe admitirse, porque la bravura inglesa puede codearse con la mejor. ¿Eran más fuertes las organizaciones defensivas alemanas atacadas por los ingleses que las conquistadas por los franceses? Tampoco; tal vez ocurra lo contrario. ¿Faltó preparación artillera o energía en el mando británico? Menos aún: el cañoneo preliminar más intenso fué el ejecutado en el frente inglés, y el general Haigh declaró, antes de empezar la batalla, que por fin había llegado el instante de entrar en línea las fuerzas británicas. La explicación es tan clara como sencilla para los profesionales y necesitaría muchísimas páginas para los profanos, a quienes de todos modos sería difícil el convencerles; el secreto, secreto a voces, se encierra en una sola palabra: improvisación.

Inglaterra ha realizado un esfuerzo estupendo, jamás igualado y que se creía imposible: al organizar un ejército inmenso, con todo su material y sus cuadros. Pero ni ella ni nadie puede conseguir que lo nuevo funcione como lo viejo, que la experiencia sea independiente del tiempo, que organismos recién formados tengan historia y tradición, que se ejecute frente al enemigo y bajo sus fuegos lo que no se ha practicado años y años durante la paz.

Por eso, no basta la unidad de acción, sino que se requiere además igualdad en los instrumentos; dentro de un año, acaso de seis meses, de incesante batalla, y no de inactividad, el ejército inglés será un elemento temible por algo más que por su masa, y podrá alternar dignamente con el alemán y el francés; hoy, sería pedirle demasiado; las fuerzas y posibilidades humanas tienen un límite, más allá del cual no pueden ir. Inglaterra se ha excedido a sí misma en esta ocasión, pero no hay manera de suplir lo que es efecto del tiempo, de la voluntad perseverante y de la educación nacional. Menester es tener en cuenta estas indicaciones al juzgar el alcance práctico de la cooperación inglesa.

Repitamos, sin embargo, que, como la guerra es una maestra insustituible, tiene ahora ocasión Inglaterra de recuperar el tiempo perdido; si se decide a sacrificar mucha gente y consumir muchas municiones, antes de un año su ejército será realmente temible y podrá pesar de un modo decisivo en la terminación de la guerra; cada empuje parcial, aunque fracase, será un paso más en el camino que conduce a la plena eficiencia militar.

II.—Verdun y el efecto de la masa

Si no en circunstancias iguales, en lo que atañe a improvisación, que el ejército inglés, si en otras muy parecidas, se encuentra el ruso, lo que no ha sido óbice a su avance victorioso en Volinia y Bukovina. Ello se debe al efecto de la masa; se ha suplido la cualidad con la cantidad, obteniéndose la ventaja en el choque y los frutos inmediatos que dimanar

siempre del éxito táctico. Pero si en vez de tratarse de un ejército de nueva formación, aunque numerosísimo, las tropas de Brusilov hubieran pertenecido al ejército que quedó deshecho en las batallas del año pasado, la situación estratégica en aquel teatro de la guerra sería muy diferente. Se advierte desde luego que carecen esas tropas de habilidad maniobrera, que no conciertan armónicamente los movimientos de los diferentes cuerpos, que los objetivos estratégicos se pierden y desvanecen en las minucias del combate con el enemigo que se tiene delante. Un mes ha necesitado Brusilov, después de sus triunfos iniciales, para poner un poco de orden en las operaciones, enderezándolas en las direcciones que jamás debieron de perderse de vista. Compárense los electos de la primera campaña de invasión en Galizia o los de la ejecutada en la Prusia Oriental, en 1914, con los de la presente, y la diferencia no escapará al más lego; en aquellas ocasiones, no hubo tantas batallas, pero se utilizaron mejor los resultados de cada victoria. Ahora ha habido muchos triunfos tácticos y muy pocas ventajas estratégicas. La improvisación ha dejado sentir su influjo pernicioso en los decantados efectos de la masa.

Análogamente a lo realizado por los rusos en el E., pudieron los ingleses—se dirá, tal vez—ejecutar en el O. una ofensiva a fondo, prevaleciendo de la superioridad abrumadora de sus fuerzas. Así hubieran obrado, según todos los indicios, de no haber evitado oportunamente el golpe los alemanes.

Conociendo éstos—como los mismos neutrales—que los aliados se lanzarían al ataque en los dos frentes, procuraron descartar el peligro que estimaban más temible, el del O., según los hechos han patentizado. Poniendo sitio a Verdun, atrajeron hacia sí el grueso del ejército francés, y enseguida también a gran parte de las reservas que el general Joffre destinaba a la ofensiva; como consecuencia, se desgarneció en parte la línea ocupada por los franceses, que la tuvieron que acortar, y, automáticamente, se triplicó la longitud del frente británico, con menoscabo de la masa que lo ocupaba. No pudo ya hacer pleno uso el general Haigh de la superioridad de sus fuerzas, y la violencia del ataque en el N. del Somme no llegó a la mitad de la que hubiera alcanzado sin las operaciones enérgicas contra Verdun.

¿Debieron de acudir los alemanes a un procedimiento análogo, para prevenir la ofensiva rusa, o, por lo menos, descongestionar de tropas enemigas el ala Sur? Aunque no puede darse una respuesta categórica a esta pregunta, es probable que el mando de los imperiales padeciera una equivocación, la de creer que el frente austro-húngaro era lo bastante fuerte para contener el empuje ruso; y efectivamente, era sólido por el número de hombres que lo defendían, aunque no por su calidad. En todo caso, era más importante y urgente lo que pudiera ocurrir en el teatro occidental, y a éste se atendió con preferencia, relegando al otro a segundo término.

¿No pudiera ser que, aun conociendo el peligro los alemanes, carecieran de tropas para emprender una doble maniobra y tuvieran que limitarla al ataque de Verdun? Sobre este tema del agotamiento de las reservas alemanas se ha escrito mucho y se escribe y escribirá hasta que la guerra entre en su fase final. Es un punto en el que todos andamos a cie-

gas. De las listas publicadas de bajas y de los recursos en hombres del Imperio, se infiere que aún hay disponibles más de dos millones de combatientes en el interior del país o a retaguardia de los frentes, pero pueden ser más y pueden ser menos. En cambio, el simple buen sentido impone una grandísima prudencia en el empleo de esas reservas, porque como la guerra puede ser larga es menester no quedarse desarmado en el momento decisivo.

La ofensiva rusa ha quebrantado notoriamente a los austro-húngaros, pero también es indudable que está consumiendo las más de las energías rusas, a costa de un mínimo de pérdidas alemanas, de suerte que a la larga los descalabros de los imperiales pueden trocarse en una positiva ventaja a su favor. Están todos los beligerantes, menos Rusia, economizando sus fuerzas, esperando cada cual que el enemigo sea el primero en debilitarse por un acto irreflexivo o prematuro, y por consiguiente conviene ser muy parcos en admitir el agotamiento de ninguno de ellos. No se mantendrían los alemanes en sus líneas de Curlandia y Polisia si no contasen a retaguardia con tropas abundantes, ni proseguirían su acción contra Verdun si temieran ser empujados en el O. hacia Bélgica. Francia, puesta en un trance apurado, es la primera nación beligerante que ha tenido que buscar una solución inmediata a lo crítico de su situación, y a ello se debe la ofensiva en combinación con los ingleses; pero tampoco hay que creer, ni mucho menos, que carece en absoluto de reservas. Verdun podría ser su derrota definitiva, y es natural que pretenda evitarla; la famosa plaza es un telón que oculta la capacidad combatiente de Francia y Alemania; si al fin cae, veremos entrar en escena las reservas de ambas naciones; antes, no, aunque los rusos multipliquen sus esfuerzos, a menos que sufran tales pérdidas que convenga a los imperiales el caer sobre ellos y asestarles otro golpe como el del año pasado. Entre tanto, sigue siendo Verdun el remedio preventivo ideado por los alemanes contra el efecto de la masa de sus contrarios, y la llave que ha puesto en sus manos la iniciativa en el frente occidental, pese a los ataques de los aliados en Picardía.

III.—Unidad de acción y disparidad de esfuerzos

Han transcurrido bastantes días desde que comenzó la ofensiva en el Somme, para que se pueda sentar una afirmación que pugna con las manifestaciones reiteradamente expuestas por los críticos aliados. La ofensiva rusa, la llamada contraofensiva italiana—que en realidad no ha tenido otro carácter que el ocupar el terreno evacuado por los austro-húngaros en el Tirol—y los ataques en el Somme, han dado motivo a que se sostenga que por fin ha aparecido la unidad de acción y de esfuerzos en el campo de los aliados. Prescindiendo de que los combates en el O. han tenido casi por exclusivo objeto el aliviar la presión que está sufriendo Verdun, es innegable que la operación no se ha ejecutado de un modo concordante por los dos cuarteles generales, con miras a obtener un efecto de consideración, sino que se la limitó al modesto objetivo de atraer hacia sí a las reservas alemanas.

Generalmente no se creía que los franceses fueran capaces, después de las colosales pérdidas padecidas en Verdun, de una ofensiva en otro sector; los hechos han demostrado que todavía les quedaban fuerzas suficientes para lanzarlas al asalto de las posiciones alemanas, y siendo así, y toda vez que es evidente la superioridad numérica de los ingleses con respecto al adversario que tienen enfrente, lo natural y lo indicado por la situación militar es que ambos aliados atacaran en diferentes puntos con un objetivo único. Este objetivo pudo muy bien ser el saliente de Noyon, y, para reducirlo, lo mejor hubiera sido que los ingleses desembocaran por el Somme y los franceses por la región de Soissons. Este doble empuje hubiese dificultado el empleo de las reservas alemanas, y en caso de victoria tuviera la consecuencia de obligar al enemigo a evacuar el vértice del ángulo que forma su línea. Semejante operación hubiera merecido el calificativo de maniobra concordante, y en su ejecución se viera cómo los dos aliados concurrían a un fin único y determinado.

En vez de obrar de esta manera, se eligió un solo sector de ataque y contra él se empeñaron ambos ejércitos con los resultados de todos conocidos. El empuje francés, que condujo a los primeros éxitos, hubo de detenerse por el fracaso de los ingleses, se permitió al adversario concentrar sus reservas en la región amenazada y distribuirlas con sujeción a las necesidades del momento, y una vez más el desencanto ha sucedido a los primeros entusiasmos.

Ese contacto íntimo que quiso establecerse en la ofensiva entre ingleses y franceses, lejos de ser provechoso, ha servido para demostrar que existe una absoluta solución de continuidad, debida a la diferente calidad de ambos ejércitos y a la práctica del alto mando. En lugar de repercutir las ventajas obtenidas en un punto sobre la situación en el otro—como hubiera ocurrido eligiendo dos puntos distantes de ataque—, lo que ha acontecido es que la tropa más débil ha servido de rémora para el avance de la más fuerte, y la operación en conjunto no ha tenido éxito.

Más que unidad de acción y de objetivo, la presente ofensiva, actualmente interrumpida, hace creer que el esfuerzo francés fué el medio de decidir a los ingleses a salir de sus líneas y abordar las del adversario. La prueba tendrá deplorables resultados para los aliados, porque acaba de confirmarse que el ejército británico no reúne las cualidades necesarias para una ofensiva en grande escala. Su desgracia ha refluído de rechazo en las tropas del general Foch, de suerte que el resultado poco lisonjero de esta primera batalla comprende a ambos ejércitos, a pesar de la parte lucida desempeñada por el francés: este defecto no hubiera tenido lugar si cada ejército hubiese tomado como objetivo una zona diferente y perfectamente deslindada.

Por este motivo, no se advierte la pretendida unidad de acción en el campo de los aliados de occidente, sino únicamente un esfuerzo de los franceses, con la cooperación más o menos valiosa y eficaz de las fuerzas británicas. La lección es poco agradable para la República vecina, y sin duda ha de contribuir a aumentar la tranquilidad en el Cuartel General alemán, que se confirmará en su idea de que el único

enemigo verdaderamente temible es el francés. Por eso, sin duda, despreciando hasta cierto punto lo que ocurre en el Somme, los alemanes prosiguen vigorosamente sus golpes contra Verdun.

Para el efecto moral, hubiese sido preferible que se repitiera en esta ocasión lo acontecido cuando las batallas en el Artois, favorables a los franceses, y en Flandes, desgraciadas para los ingleses; ahora, la impotencia de uno de los aliados ha encadenado al otro y le ha restado buena parte del éxito moral, y además ha evidenciado a la opinión francesa que la ayuda británica no es todo lo valiosa que se le anunciaba. Tratándose de potencias aliadas, la concurrencia de esfuerzos no ha de envolver nunca el contacto de los efectivos en el campo de batalla.

IV.—La situación el 16 de julio

Transcurre el tiempo y adelanta el verano, sin que ninguno de los beligerantes dé señales de aquella actividad que desplegaron los imperiales en el año pasado. La lucha es viva y aún furiosa, pero sin que las operaciones alcancen el grado de amplitud que parece necesario para llegar en breve plazo a una decisión definitiva y rápida.

En el frente oriental, los alemanes han abandonado la línea del Styr y se han replegado a la del Stochod, más al O., donde están detenidos los rusos. Estos, por consiguiente, han ganado terreno en el extremo norte de este teatro de Volinia; sigue la lucha indecisa en el Strypa, y en la Bukovina contraatacan los austro-húngaros, que han reconquistado Delatin. Atacan también los alemanes en otros puntos, pero con el propósito de romper la ofensiva rusa. En el centro del frente oriental, en Baranovitchi, ha habido combates muy violentos, que han terminado conservando los austro-alemanes todas sus posiciones. En Curlandia no ha tenido lugar ningún encuentro serio.

Llegados los austriacos a la posición de espera en el Tirol, contra ella se han estrellado las tentativas de avance de los italianos, lo mismo que está sucediendo hace meses en el Isonzo. Nada de particular ha ocurrido en este frente. En Armenia, son los rusos los que atacan de nuevo. Los partes son muy confusos y lo único que puede deducirse es que la situación es aproximadamente la misma que hace dos meses. De Persia y Mesopotamia no hay noticias.

Escaramuzas en Macedonia, donde ni los aliados ni los germano-búlgaros parece que desean emprender operaciones de importancia.

Los acontecimientos más interesantes se desenvuelven en el frente occidental. Después de una pausa de diez días, los ingleses han reanudado los ataques en la región al N. del Somme, apoderándose de varias líneas de trincheras alemanas y algunos pueblos; con todo, su línea todavía se encuentra retrasada con respecto a la francesa. Esta última

ha sido contraatacada por los alemanes, sin éxito, y se mantiene en la misma posición que hace siete días, a la vista de Peronne, en el punto más avanzado, pero sin haber conseguido apoderarse de esta ciudad. El nuevo esfuerzo inglés no ha ido acompañado por un asalto emprendido por los franceses, faltándose otra vez en esta ocasión a la unidad de acción. El combate continúa y es probable que dure varias semanas, a no ser que antes se extinga la energía francesa o se agoten las municiones a los ingleses. La resistencia alemana va aumentando por días, lo cual se explica por no estar tan quebrantadas las líneas de defensa de retaguardia, que es en las que ahora se sostienen. Más al este de ellas, se están abriendo a toda prisa sucesivas líneas de trincheras.

Tras una intensa y larga preparación de artillería, los alemanes efectuaron un enérgico ataque en la región de Verdun, orilla derecha del Mosa. Desde las defensas de Thiaumont y Froi-de-Terre, y apoyándose en el pueblo de Fleury, partieron hacia el S. y conquistaron la meseta de Souville, sin que se haya precisado si el fuerte de este nombre cayó también en sus manos, y la batería de Laufée. El avance es de consideración y realizado en línea recta a la plaza, y pone en situación comprometida al grupo de obras del E., entre las cuales descuella el fuerte de Tavannes. Siguiendo así, no tardará un mes el sitiador en conseguir su objetivo capital; en las últimas cuatro semanas ha avanzado más que en los tres meses que las precedieron. Fuertes contrataques de los franceses contra las posiciones últimamente caídas en poder del enemigo, han sido rechazados. La acción en la orilla izquierda del Mosa es menos intensa, pero la artillería no cesa de disparar. Se comprende, pues, que la ofensiva de los aliados en el Somme no ha obligado a los alemanes a interrumpir sus asaltos contra Verdun; sin duda prefieren perder algún terreno en el Somme o en cualquier otro sector del frente que dejar de lograr su propósito de tomar Verdun; con ello son consecuentes y perseverantes, pero lo que habrá que ver es si los frutos de su victoria, si la consiguen, corresponden a sus esperanzas; porque desde el punto de vista material ha transcurrido tanto tiempo desde que comenzó el sitio de Verdun, que el defensor ha podido muy bien adoptar todas las medidas necesarias para reducir al mínimo su derrota. Este punto merece un exámen más detenido. Acaso tiene relación la suspensión temporal de la ofensiva francesa en el Somme, con el contrataque—acaso el más enérgico que se ha ejecutado—en Verdun, pero es prematuro sentar conclusiones sobre ello. Lo indudable es que Francia está realizando un esfuerzo supremo; ¿hasta cuándo y qué punto lo podrá sostener? La respuesta encierra acaso la clave de la guerra.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

17 de julio de 1916.